

Domingo XXVI del Tiempo Ordinario (27-09-26)

Homilía del cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Nos alegramos por la presencia de vuestras familias aquí y, sobre todo, estamos contentos porque hoy día el Evangelio (Mateo 21, 28-32) nos viene muy bien para entender nuestra Iglesia, el rol de nuestras familias, el rol de cada uno de nosotros, inclusive, como ministros, y a todos el Señor nos da una palabra de llamado profundo a la comunidad.

Es muy propio de todas las religiones y, especialmente conforme el mundo ha ido evolucionando, que se tienen que diferenciar funciones y tareas, como es normal. Pero también es muy peligroso en las religiones el que eso produzca separaciones, “jerarquías” que no son jerarquías de servicio, sino jerarquías de exclusión. Y lo estamos viendo hoy día en el mundo: cuatro o cinco personas de muchísimo poder hacen y deshacen con el mundo, organizan guerras, ponen a todo el mundo en dificultades, suben el costo de vida, así como si no importáramos la mayoría de los seres humanos. Y aquí el tema es ese, porque, desde el punto de vista religioso, Jesús justamente les habla a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo.

“Presbítero” significa “tener presbicia”, o sea, “estar viejo”. Y, los sumos sacerdotes, se ubicaban en la “*high*”, es decir, en lo más “alto”. Entonces, hoy Jesús se dirige a ellos con una pregunta en torno a la obediencia de un padre a sus hijos.

Se acercó y les dice: «Qué les parece: Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: Hijo, ve a trabajar hoy a la viña. - Él le contestó: No quiero». Un desobediente. ¿No es cierto? «Pero después se arrepintió y fue. Y se acercó al segundo y le dijo lo mismo. - Él le contestó: «Voy, señor»,

pero no fue». La pregunta que hace Jesús es muy precisa: ¿quién de los dos cumplió la voluntad del Padre?

Le responden que el primero, pero Él los recrimina, se dirige a ellos diciéndoles: «En verdad les digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de ustedes en el Reino de Dios». No les dice “irán”, les dice “van”. ¿Por qué? Porque, cuando vino Juan, seguramente que Jesús, que había estado en la colita de Juan también para bautizarse, conoció que había prostitutas y publicanos en la cola. Si no, ¿de dónde saca esta idea?

Y, entonces, les dice: «Porque vino Juan a ustedes enseñándose el camino a justicia y no le creyeron, en cambio a los publicanos y prostitutas le creyeron y aún después de ver esto ustedes no se arrepintieron ni le creyeron».

¿Dónde está el asunto más importante? Que hay mucha gente pecadora en el mundo, sí, pero mucho más fuerte es que todos somos pecadores, somos humanos, todos somos Hijos de Dios, porque Dios nos ha creado y nos ama. Pero eso es un proceso en que yo acojo eso y voy cambiando, voy convirtiéndome. Y, para eso, están Juan Bautista y el Señor que ha venido a entregar su vida por nosotros para ayudarnos en la conversión.

Esto es importante porque, a veces, se cree que ser cristiano es una “marca” ¿no es cierto? Mi carro es pues “Ford” y, entonces, siempre será un “carro buenazo”. Puedo decirle a la gente “chusma, chusma” porque es “mi carro Ford”. Pero esta mentalidad de que ser cristiano es una “marca” es muy peligrosa porque después, como somos católicos, nos sentimos “lo último”, “lo mejor” ... ¿y los otros qué son? Cristianos de “segunda”. Y, entonces, cuando separamos no comprendemos el misterio de Dios, que siempre prefirió a

los últimos, ayudando a que los primeros también sigan el camino del servicio.

Pero los primeros - la semana pasada hemos hablado de eso - siempre se atribuyen, “ah, nosotros sabemos más, los otros son los que no saben nada”, y entonces que “se sometan”. Y así crece el mal en el mundo por medio del dominio, el desprecio, y eso que el Papa León XIV ha recordado profundamente también ahora en el viaje de Francia: la dignidad humana y sus derechos.

En la Iglesia es donde más los derechos humanos deben respetarse y cultivarse, porque son los derechos de Dios sobre la humanidad, que quiso una humanidad que creciera, que sea comprensiva, que pudiera humanamente vivir con plenitud. Y, normalmente, en el caso de Jesús, en su época, los que ya se consideran pecadores, los publicanos, eran personas que, siendo hebreos, trabajaban para Roma y recolectaban impuestos, porque Israel estaba invadida por Roma. Y, entonces, eran una especie de cómplices, eso que llamamos en castellano peruano «coludidos» con los romanos.

Simultáneamente, las prostitutas, sabemos todos se le llama la profesión más antigua de la historia, es la gente pobre que no tiene de qué vivir y pasa ese problema. Nadie quiere prostituirse. Pero viene a consecuencia en gran parte de la condición marginal en que se vive.

Pues el Señor dice que estas personas, así reconocidas como “pecadores públicos”, van a preceder en el Reino y preceden en el Reino a los sumos sacerdotes y a los ancianos, es decir, a los que tiene la “marca” de que “ya son santos”. ese es un problema para nosotros, ¿no? Porque, cuando somos ungidos, bautizados para todos, quedamos ya para siempre bautizados y somos hijos de Dios, digamos oficialmente, y cuando somos ordenados curas u obispos,

se imprime carácter. Pero eso no nos da derecho a no convertirnos. No somos la “divina pomada”, somos tan pecadores como ustedes y todos tenemos que ayudarnos.

Y, en ese proceso, también tenemos que acompañar al mundo en su pecado. Digo eso porque están saltando una serie de supercherías en las redes: ¿Cómo es posible que la Iglesia ya está aprobando a los homosexuales? Nadie ha aprobado la homosexualidad, pero sí tenemos que comprender porque en este momento está creciendo en el mundo y tenemos que misionar para ver qué le pasa a la gente, qué está sufriendo que la lleva a esa condición.

Tenemos que comprender la confianza complejidad de la gente porque estamos para servir, para que todos puedan conocer al Dios que nos ama y para que puedan, inclusive, dentro de su vida, entre poco a poco, a través de ciertas cosas, empezar a ver cómo pueden cambiar y mejorar, pero no para excluirlo.

¿Se acuerdan de que, antiguamente, nos enseñaban que los divorciados estaban fuera de la Iglesia? “Fuera, fuera, tú estás divorciado, ¡fuera, fuera!”, se solía pensar. Pero ¿qué nos ha enseñado la exhortación apostólica *Amoris Laetitia* del papa Francisco? – y que nos ha comentado monseñor Guillermo Elías durante estas charlas – que las familias que están hechas han logrado su unidad, su compromiso, la han llevado adelante, y son misioneras de acompañar a las familias que tienen problemas. Nunca abandonar. No decir: “nosotros hemos logrado mi familia, somos una familia perfecta, ustedes, no, fuera de la Iglesia”.

Esa era la costumbre, fuimos educados en eso. Inclusive, de pequeños nos enseñaron a ir tocando las puertas – como todos éramos católicos – para insultar a la gente y decir: «¡protestante!» Como si fuera un insulto. Eso la Iglesia lo

está superando gracias al Concilio Vaticano II y a los últimos papas que lo recuerdan hondamente: Pablo VI, Juan XXIII, Juan Pablo I y II, el papa Benedicto XVI, el papa Francisco y ahora León XIV.

Y va por el mundo anunciando que todos somos hijos de Dios y, por lo tanto, tenemos que acompañarnos en el proceso de conversión, porque todos somos pecadores, todos. Unos han avanzado más, otros menos, pero lo que quiere justamente la armonía de la comunidad que se ayuda mutuamente y que es signo de esperanza para la humanidad.

Y si en la Iglesia estamos ninguneando a todos durante todo el santo día, entonces, ¿qué pasa? El mundo también se ningunea y hay algunos que se creen dioses y están haciendo las cosas horribles, matando gente por aquí, por allá, creando esta nueva etapa de la “inteligencia artificial”, que ya empieza a desobedecer y hacer lo que quiere.

Hermanos y hermana, estamos en un momento álgido y la mejor manera es ser solidarios los unos con los otros y acompañarnos. Y, para eso, Pablo (Filipenses 2, 1-11) nos dice esa frase que me encanta porque ha citado el himno, el primer himno de la Iglesia: *“Tengan ustedes los mismos sentimientos que Jesucristo”*. Es una cosa muy importante porque tenemos que frecuentar mucho más la lectura permanente del Evangelio.

No estamos ya en la época en la cual solo nuestros hermanos separados leían el Evangelio y nosotros aprendíamos de memoria el catecismo. También hay que estudiar el catecismo, pero en primer lugar el contacto con el Evangelio, porque ese es el testimonio narrativo que dejó la Iglesia para que nosotros, nuestras experiencias, las confrontáramos con lo que de ahí dice.

¿No han visto que el Evangelio está lleno de anécdotas como esta? ¿Y no nos gustan a nosotros las anécdotas? El “lero, lero, candelero” ... para ver qué pasó en el barrio. La vida tiene que ser confrontada permanentemente con el Evangelio en forma libre y abierta, y ya después si hay alguna cosita se puede corregir por la autoridad. Pero siempre primero va la confrontación en nuestra vida y el Evangelio.

Eso es lo que hacemos en las prédicas: estamos viendo este problema y que también hay separatismos hoy día. Evidentemente, en las realidades de nuestras casas también podemos cómo hay otros tipos de separatismo y ver juntos cómo este mismo Evangelio se puede aplicar a esa situación. Y hoy día tenemos muchos problemas así que podríamos ayudarnos mutuamente a resolver. Por ejemplo, el que todavía los provincianos en Lima no son considerados “tan ciudadanos” como los que “son de siempre”. Hay que superar eso, acoger a todos.

Qué lindo que tengamos un país tan hermoso de diversidad. Y, por eso, ahora que viene el Papa y les agradezco al coro que ha comenzado cantando «Bendito el que viene en el nombre del Señor», porque es para ir preparándonos a la venida del Papa, vamos a escuchar su palabra con docilidad para entrar todos en esta dimensión que el Señor propone en cada uno de nosotros: suscitar el servicio, porque Jesús, sus sentimientos, los que nos ha comunicado, *“siendo de condición divina, no retuvo para sí su creencia de Dios, sino que se hizo siervo y se anonadó por nosotros”*.

Dios es el primero que se anonada, el mismo Padre que, cuando nos crea, nos cuida, pero, sobre todo, nos envía a su Hijo para que estemos siempre acompañados y para que profundamente cerca, esa cercanía nos lleve a un cambio profundo y a ir corrigiendo nuestros errores; y todos, entonces, por eso empezamos la misa con el “Yo pecador”.

Todos somos pecadores en conversión, todos, incluso el papa. Así que tranquilos. Estamos en ese sentido todos iguales y ayudándonos mutuamente. Quizás el papa avanzaba un poquito más en ese proceso, pero igual se considera pecador, como lo solía decir el papa Francisco.

El Papa Francisco cuando comenzó tuvo una reunión con la Curia romana, y en esa primera reunión les dijo: “yo, como pecador tengo que advertirles de las tentaciones de la Curia romana: la presunción, el dinero, el chisme” ... pero vamos a ayudarnos juntos a resolver ese problema. Que así sea en todos nosotros, hermanas y hermanos, porque tenemos muchos defectos, pero podemos corregir y lo podemos hacer en comunidad, inspirados por el Espíritu Santo y por los sentimientos de Jesús. ¡Qué linda expresión! “los sentimientos de Jesús”.

Que Dios los bendiga y los acompañe, y que las familias puedan crecer así también: familia misionera, familia al servicio de todos.

Que Dios los bendiga y los proteja, nos proteja a todos y tengamos disponibilidad siempre a cambiar en lo adecuado y justo y en las cosas malas que podamos tener.

Amén